

Educación, tarea de todos

Juan Eduardo García Huidobro

Es corriente usar el lema “*Educación, tarea de todos*”, para enfatizar que solo lograremos una educación justa y de calidad si cada uno de los implicados asume su compromiso en este resultado.

Se subraya, y con razón, la responsabilidad muy central del estado que debe rayar la cancha y entregar las condiciones para que la buena educación para todos sea posible. Pero se responsabiliza también a los jóvenes: la buena educación descansa en buena parte en una participación activa y entusiasta de los estudiantes en ella. También están comprometidos para hacer posible este logro otros actores: por supuesto los educadores, los directores de escuelas y liceos y los “sostenedores” de los establecimientos, sean municipios o dueños de colegios.

Por último, no es menor en este resultado la cooperación de los apoderados, de hecho el que un niño, niña o joven estudie y aprenda posee como base de sustentación un pacto implícito entre su familia y su escuela que le asegura las condiciones para que su trabajo escolar pueda desenvolverse en plenitud.

En el reciente informe del PNUD sobre desarrollo humano en Chile 2009, centrado en la pregunta acerca de “la manera de hacer las cosas” que tenemos los chilenos y chilenas, hay un par de respuestas sobre la educación que me llamaron la atención y que se relacionan directamente con la exigencia de que la educación sea una tarea de todos.

Enfrentados los entrevistados a la pregunta sobre lo que hay que cambiar para mejorar la educación, llama la atención que se subrayan dos aspectos de indudable importancia: las políticas del gobierno y la conducta de los alumnos, pero que se le otorga menor importancia a lo que pueden hacer los actores: los sostenedores de colegios, los directores, las familias y los profesores. Así, por ejemplo, sólo el 12% resaltó el compromiso de los apoderados como un elemento primordial.

Otra pregunta se refirió a qué haría cada uno frente a una baja de puntaje del establecimiento de su pupilo en las pruebas de medición de calidad (SIMCE, PSU). Acá sólo un 7% de los apoderados de los sectores más ricos señala que “no haría

nada”, mientras que entre los sectores de nivel socioeconómico bajo esta pasividad sube a un tercio (32%).

Estos resultados dan pie a tres consideraciones: Primera: los más pobres esperan de la acción del gobierno en educación, pero exigen poco a las escuelas. Este hecho puede deberse a que este segmento de población no posee el nivel cultural necesario como para enfrentarse a los establecimientos a exigir o pedir explicaciones. Además, esta limitación “cultural”, que puede ser normal en cualquier país, para las familias y los apoderados más pobres, posee probablemente consecuencias más pesadas en Chile por la gran segmentación del sistema escolar en clases sociales, la que hace que en los establecimientos donde asisten los más pobres no suela haber otros apoderados con mayor preparación o con redes sociales más sólidas que exijan. Por último, si combinamos los resultados de las dos respuestas, vemos que esta actitud pasiva de los más pobres opera sobre un piso de convicciones en el que son muy pocos (1 de cada 10) los apoderados que creen que su compromiso tiene algo que ver con el mejoramiento de la educación.

Es claro que para mejorar la educación debemos cambiar esta “manera de hacer las cosas” y avanzar hacia una actitud de mucho mayor implicancia de todos y cada uno en la calidad de la educación.

Está bien situar la responsabilidad de la educación en el estado y en los propios alumnos, pero tanto el estado como los jóvenes necesitan que las familias chilenas se impliquen, apoyen y exijan.